

presidiera yo, y tirándome el Gámez en su discurso unos imprudentes zar-pazos con regocijo de los otros. Asqueado y tristemente impresionado por lo negativo del espectáculo para las ideas, me fui a mi casa, y dejé de saludar a mis desconsiderados compañeros, por aquella descabellada manera de obrar según mi criterio.

Mucho tiempo estuve sin cambiar el saludo; pero como no tengo nada de rencoroso ni vengativo, con quien a mi se acoge, un día recibí la visita de dos de ellos que venían a rogarme corrigiera una obra teatral que había escrito uno de mis visitantes. Creyendo yo, que aquello suavizaría asperezas y acortaría distancias ideales, me comprometí a corregirla, como así lo hice, en veladas, madrugadas y muchas tardes de sol que me iba al campo, enmendando como pude aquel esmerpento. De lo que yo hice con aquella obra sólo podría apreciarlo, un individuo entendido en esas cosas, que, repasando el manuscrito, apreciase lo escrito por el autor con tinta negra, y lo enmendado por mí, con tinta roja. Después de corregida, tuve que ir muchas noches de frío, algunas algo enfermo, a sacarlo en limpio, copiándolo a máquina, desde la calle de la Armonía a casa del electricista Lorenzo Marín, calle del Obispo; y por toda recompensa, casi sentí mal que yo cobrara los sesenta céntimos que me había gastado en papel de barba. Pero no paré aquí la cosa: La noche del estreno, al que acudí asqueado, porque supe que iba a estrenarse, aquella misma noche, al ir un amigo del autor (autor...!) a llevarme *una sola entrada*, (demasiado para lo que yo había hecho, ¿verdad?) pero que al cabo y al fin me llamaba el trabajo que yo había puesto en la obra, aquella noche, repito, noté que habían sacrificado el drama, para que el que hacía de director se luciese terminando él los actos, en vez de la primera actriz a quien correspondía.

Sin yo decir una palabra sobre mi participación en ella, me condeñó de que la hubiesen alterado, quitándole lo mejor. Esta manifestación, en vez de estar méritos a la obra y al autor se los aumentaba. Los que lo oyeron, extrañados, se lo preguntaron a uno de los intérpretes anteriores que se sentó junto a nosotros, quien confirmó plenamente lo dicho por mí. Cuando finalizó la representación, salí del teatro con un pesar tremendo.

Al día siguiente estuve hablando con la primera actriz y la pobre mujer también estaba incomodada por lo que había hecho el director y consentido el autor.

Fui a buscar a éste a su casa dos veces y no pude verlo, para animarlo a que se corrigiese la tropelia cometida con su obra; pero al ir a ver la segunda representación creyendo se había enmendado el entuerto, me salió al encuentro otro «anarquista» amigo del autor a «jorgirme» que «me guardara de hacer manifestaciones sobre la obra de su amigo, ni en pro ni en contra». Ya tenía yo comprada la entrada, para ver una obra que tanto me debía, y la regalé a una joven, y me vine a mi casa aturrido de la impresión. Escribí dos o tres cartas a mi ingrato favorecido, y no se dignó contestar. Todos los llamados anarquistas, sindicalistas y comunistas de la localidad, sabían que yo había corregido la obra; pero ninguno tuvo la nobleza de reconocerlo públicamente, ni la imparcialidad de tratar de reunirme para aclarar la cuestión. En vista de esa falta de consideración y consecuencia, los desprecié a todos y ter-

miné las relaciones con ellos. ¿Tengo motivos y razón para no estar con ellos?

Ruego a las personas imparciales que oigan decir que miento, en cuanto a la obra teatral, que pidan el manuscrito corregido, y vean si hay o no, mucha letra mía con tinta encarnada.

¿A que no lo presentan? ¿A que no?

Por qué no estoy con los socialeros:

Como mi carácter es luchador por la idea; mi ambiente está en la acción; y mi centro donde ésta se realice, traté muy luego, de ingresar en la Casa del Pueblo, instado por algunos camaradas, a sabiendas de que en contraría la oposición de sus directores. Fui a ésta una noche del mes de Octubre de 1925; pedí un reglamento de la sección de profesiones y oficios varios a que había de pertenecer, y el general de la Casa. Una vez repasados, pedí mi ingreso en la sociedad correspondiente, con arreglo al artículo cuarto de su reglamento. Se me devolvió la solicitud, pretextando no iba firmada por dos socios; yo dije que el citado artículo cuarto nada decía de esa obligación; pero transigí y sin deber, busqué dos firmas y con ellas entregué de nuevo la instancia; pero como de lo que se trataba era de no admitirla, se me devolvió de nuevo el día 15 de noviembre siguiente, con un oficio del Comité Ejecutivo, en el que se me decía que «en cumplimiento de acuerdos recaídos en asamblea general de secciones, no valía mi solicitud, porque las firmas que llevaba no pertenecían a los dos socios de la sección de Varios».

[Vamos; la Carabá.] Un acuerdo de asamblea general, aun no refrendado por la misma, en la sesión siguiente, se pone, solamente en mi caso hasta entonces, por encima de los artículos de los reglamentos. Por entonces, había socios de dentro y fuera de la localidad que habían ingresado sin solicitud, según se me aseguraba.

Asqueado por parcialidad tan manifiesta, me decidí a mandar a paseo el asunto; pero algunos socios de la casa, tenían gran empeño en que yo ingresara y trabajaron lo indecible en tal sentido, que volví a presentar la petición de ingreso con la firma de dos socios de la sección P. y O. V.

Pero fue tal la guerra sorda y rastrea que se me hizo, que fue llevado el asunto de mi admisión a juntas generales de Varios y de Comité acordado por mayoría mi no admisión. En vano pedí explicaciones razonables al Comité Ejecutivo y a la directiva de Varios; lo recordaron por que sí, y todo el mundo boca abajo.

Por encima de mi continua labor societaria de cinco años seguidos, a la vista de todos, y de mis propagandas anteriores, unido a mi compromiso firmado en la solicitud de «respetar el estatuto de la sección, como igualmente el de la federación, así como cuantos acuerdos emanen de las asambleas generales etc.», estaba mi condición de insumiso a todo lo que no fuese reglamentario.

Para reclutar votos en mi contra se les decía confidencialmente que yo había sido expulsado de la Casa del Pueblo de Valdepeñas, por un asunto sucio de pesetas; y para que las personas imparciales y sensatas sean o sepan por que fui expulsado de aquella federación lean la hoja suelta con que me despedí de aquella población que al final de todo publicamos.

Para demostrar en las condiciones aceptables con que yo me presentaba a los dirigentes de la Casa del Pue-

blo, allá va la primera carta que escribí a Moraleda.

«Amigo Moraleda: (No te llamo compañero por que esta mañana me has dicho, que como amigo cuento contigo, pero que como hombre de ideas, que no te simpatizo.) Yo siento grandemente que estemos tan distanciados en apreciaciones y prácticas societarias; más si es cierto (que o dudo) que tú quieres a la sociedad como a un hijo, según frase tuya, y todo buen padre lucha por el engrandecimiento de su prole, tú has de desear el engrandecimiento de la sociedad; y como yo también lo deseo, y estamos tan alejados el uno del otro, tú y yo, si no somos hipócritas hemos de reconocer que uno de los dos se engaña.

Ahora bien: el que sufre un error de buena fe está siempre dispuesto a rectificar si se lo demuestra, y eso me pasa a mí. Como no estoy en tu interior (aunque las obras son el reflejo interno del individuo) quiero suponer que a tí te suceda igual; y para demostrárnoslo te propongo que discutamos *mi asunto actual* con la Casa del Pueblo, por escrito, y sometiendo la correspondencia que crucemos a la consideración pública en asamblea organizada al efecto, una vez acabemos de escribir sobre el caso. Yo, con todos mis defectos, estoy probando diariamente mi amor a la Causa, desplegando actividad y energía, ya que no inteligencia y sagacidad; y me extraña que estos elementos ideológicos que yo poseo, que bien encauzados son de gran eficacia en las sociedades, no hayais vosotros tratado, por lo menos de moldearlo, a ver si contagiándonos de vuestro modo de sentir y practicar las ideas, me sumaba a vuestro grupo, y ya seríamos uno más que tal vez atrayese a otro, o a otros; ¿quién sabe...!

Quien discute y juzga de buena fe, no es rencoroso ni vengativo, y está siempre dispuesto a perdonar y a reconocer la buena intención del contrincante; y como tú dices que discutes imparcialmente, si así es, aceptarás gustoso mi proposición y discutiremos desapasionadamente mis errores o vuestra equivocación, y podremos llegar a un acuerdo que beneficiaría a la organización atenuando el desconcierto que estamos infiltrando en la masa obrera.

Esperando convencerme o ser convencido para bien de la causa proletaria, queda tuyo y de la tuya,

Antonio Pinés Nuñez

Manzanares, 16-2-26

Nota: A mi gusto te ayudea tus compañeros».

A esto se me contestó, que además de no tener tiempo material para entablar correspondencia, no la encontraba provechosa. (Sin comentarios)

¿Soy yo el culpable de no estar con los socialeros?

Y por último, sépase por qué estoy distanciado de los greguerianos...

Aunque mi acción social no podía ir unida a la de los llamados anarquistas ni a la de los apellidados socialistas, ya saben los de fuera y los de dentro, que en el Ayuntamiento, en la prensa y donde he podido, he dado a entender mi amor a las causas elevadas; y como ante todo, soy un revolucionario en su mayor y verdadero sentido de la expresión, esto es: un impulsador ferviente de la transformación humana, y del avance progresivo del sistema político social, y que, con tal de contrarrestar la pas-

ividad borreguil de las masas no tengo inconveniente en sumarme a los más avanzados que encuentre dispuestos a sacudir la modorra popular, ya que lo más importante a mí vez, es hacerlas marchar, para despear sus ímpetus y encaminarlos a combatir las intuscas desigualdades sociales y las inhumanas injusticias, sin pararme a mirar como se llaman, ni cual es su punto de mira final pues una vez en marcha nadie es capaz de adivinar donde se detendrán, me basta con estimularlos a avanzar, con la esperanza y convicción de que cuanto mas adelanten más ansias sentirán de continuar avanzando.

Eso hace, que algunos equivocados de la extrema izquierda, me consideren algo inconsecuente y menos idealista que ellos. Ya han leído mis lectores los motivos que tengo para no convivir con ellos y las causas para no estar con los otros; y, como todos juntos me impelieron indirectamente a derivar circunstancialmente al campo republicano corriente.

Como desde que tuve que separarme de los anarco-sindicalistas vengo laborando individualmente sin interrupción en pro de las ideas de libertad y emancipación humana, en la medida de lo posible, y aprovechando todas las oportunidades para la «Causa», me pareció aprovechable el manifiesto que la comisión organizadora del partido republicano radical socialista de Madrid, lanzó al país en Diciembre de 1925; y en vista de que nadie tomaba la iniciativa de organizar aquí un filial de dicho partido, en organización, me propuse constituirlo yo; para lo que consulté y estimulé a todos los que creí más dispuestos a sumarse a mi idea de entonces, llegando a contar una veintena de individuos dispuestos a secundarme.

Como lo interesante de momento, era formar el comité y ya había número para crearlo, escribí un manifiesto llamando a la opinión para que se incorporase a nosotros. Antes de darlo a la imprenta, lo remití a la comisión organizadora de Madrid, para que viera si le parecía bien y quisiera darlo a publicar en la prensa; pero lo devolvió diciendo que lo encontraba bien y que debía publicarse aquí, con varias firmas de correligionarios a ser posible. Lo llevé a la imprenta con los nombres de los que me dijeron que lo suscribían, y después presenté en el Ayuntamiento los tres ejemplares que ordena la ley para su reparto. El alcalde que actuaba entonces, en vez de autorizar el reparto, los remitió al gobernador por inspiración ajena, según creo; para que él lo autorizase o denegase. La primera autoridad de la provincia, ordenó a la policía gubernativa que recogiese la tirada y coaccionase a los firmantes; éstos fueron llamados a la oficina de la policía y todos cantaron la gallina, diciendo: *tío yo no he sido*, y renegaron del manifiesto y de mí.

Me visitó la policía que contó y recogió la tirada; y al decirme que todos los firmantes llamados habían dicho que desconocían el manifiesto y que no me habían autorizado para que pusiese sus nombres al pie de este, tomé un ejemplar, borré de él todos los nombres excepto el mío, y al final puse: «Me hago yo solo, responsable del manifiesto» y lo firmé y rubricué entregándolo a la policía. Uno de ellos, se impresionó vivamente y en un arranque de sinceridad, se levantó me estrechó la mano fuertemente y me dijo: «Así obran los hombres consecuentes y honrados». Después... dejé de salir a la mayoría de los llamados por la policía y yo corté la

correspondencia con la comisión organizadora de Madrid. Pasan primavera y verano sin que nadie piense ni diga una palabra sobre organización republicana; pero cuando ya en septiembre se principia a rumorear que la república se aproxima y se hacen en el norte apuestas sobre su proclamación a fe ha casi fija, empiezan a reunirse aquí, con otros más los que centaron la gallina en la oficina de la policía y nombran el comité, bien entrado octubre, a espaldas mías, dándose al margen, y teniendo la poca delicadeza de llamarlo republicano radical socialista, siendo yo el único iniciador de su constitución y el único también, que para tal objeto había tenido correspondencia con la comisión organizadora de Madrid, como lo acreditan las cartas que poseo, y pongo a disposición del que quiera cerciorarse personalmente.

Después de esa acción tan desdichosa como grosera y odiosa yo, dignamente, convivir con los que se llaman republicanos?

Vea mi insidioso impugnador, como la deficiencia mental puede estar en los que se empeñan en querer hacer pasar por cenegosa el agua potable. Vea también el público imparcial como he sido obligado a hacer estas sinceras y verídicas manifestaciones, en defensa de mi dignidad, un tanto ensombrecida, por quien el tiempo demostrara los grados de pureza que tiene la suya.

Llevara EL CAUTERIO SOCIAL cuatro números sin aludir a nadie; pero como ellos se declaran malos a l darse por aludidos en mi purificador artículo «A un joven socialista», he tenido que recoger y pulverizar sus provocativos dislates.

Es triste y lamentable tener que contender con los afeines, cuando debíamos estar todos unidos para defender y acelerar la implantación de aquellas mejoras que nos sean comunes; pero somos tan torpes o mal intencionados, que mientras nosotros nos peleamos en la bifurcación, el enemigo común avanza y toma posiciones, o se sostiene en las que sabe no podría sostenerse, si nosotros fuésemos más listos o más consecuentes.

Ahora... perdón al público por la lata.

ANTONIO PINÉS NUÑEZ
Manzanares 2-1-32

Mi despedida de Valdepeñas

Pueblo: lee, analiza y juzga sin pasión. Reforzando posiciones por... lo que pudiera tronar

El día 8 de Noviembre de 1920 y con motivo de unas tendenciosas afirmaciones sobre mi actuación en cierto asunto del Centro Obrero, vertidas en un mitin por el Jefe de los radicales (?) Pedro V. Gómez, reté a dicho individuo a una controversia pública. El 24 del mismo mes (aunque con fecha 13) apareció una hoja titulada: «Contestado a un reto», y firmada por Angel Grande, en la que a falta de razones, se barajan cuatro terminachos; más por la intención malévola de molestar, que por lo molestos que en sí resultan. Como si tal Grande, lo es tan sólo de apellido para mí, y lo hubiese agrandado al contestarlo; opté por despreciar sus dislates y esperar ocasión para contestarlos verbalmente en público. Esa ocasión no se ha presentado; pues por entonces quise también dar una conferencia y no encontré local para ello (se me negó hasta el casino republicano).

Como es muy posible que trasladé mi residencia a otra población, y